

BENEFICIAR A TODOS



Queridos hermanos y hermanas:

poco antes de la solemnidad de la Navidad, el 23 de diciembre, se cumplirá exactamente el 900º aniversario de la aprobación de la *Carta Caritatis*. Durante este año hemos meditado y estudiado este antiguo documento, que es en realidad el certificado de nacimiento de nuestra Orden. Con asombro, y un poco de arrepentimiento, nos hemos dado cuenta de lo necesario que es para la conciencia y vitalidad de nuestra identidad, de nuestro carisma cisterciense injertado en el carisma fundamental de San Benito.

Ahora no queremos perder este despertar de conciencia; queremos profundizarlo y mantenerlo encendido, también de cara al próximo Capítulo General. Es decir, no debemos volver a poner la *Carta Caritatis* en los archivos, quizás hasta el año 2119, cuando se celebre su milenio... No tiene sentido celebrar y estudiar, organizar simposios, si no vivimos, si los impulsos que el Espíritu Santo pone en los textos fundacionales no nos estimulan a vivir más intensamente nuestra vocación hoy, en la situación actual de la Orden, de la Iglesia y del mundo.

Deseando el bien de todos

Por eso, al acercarnos a la fecha exacta del 900 aniversario de la aprobación papal de la *Carta Caritatis*, fecha que casi coincide con la celebración de la Natividad del Señor, me pregunto en qué punto podemos detenernos y reanudar inmediatamente nuestro camino personal y comunitario a la luz del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, nuestro "único y verdadero Rey, Señor y Maestro" (CC cap. 1). ¿Qué más debería estimularnos hoy en la *Carta Caritatis*, para que podamos sentir que es urgente y útil para nosotros y para todos? ¿Qué aspecto de la *Carta Caritatis* responde mejor a las expectativas y necesidades de la Iglesia y del mundo contemporáneo?

Quizás deberíamos centrar nuestra atención precisamente en la dimensión católica, en el sentido literal de "universal", con la que nuestros primeros padres concibieron la fidelidad a su vocación monástica.

Todo me parece resumido en una frase del primer capítulo: "*Prodesse enim illis omnibusque sanctae Ecclesiae filii cupientes* – Deseando beneficiarles [es decir, a los abades y a los hermanos monjes] y a todos los hijos de la Santa Iglesia". La Carta continúa explicando las áreas y los modos en que queremos hacer explícito y eficaz este deseo de bien para la Orden y para toda la Iglesia, pero pienso que debemos ante todo hacer nuestro este deseo de bien y su alcance universal, porque es como el aliento que puede dar y volver a dar sentido y vitalidad a todo lo que nuestra vocación nos da y nos pide que vivamos.

Un deseo apasionado

Para expresar este deseo, la *Carta Caritatis* no duda en utilizar una palabra latina bastante fuerte: *cupientes*. Podría traducirse como "anhelantes". La idea es la de un deseo ardiente, de una verdadera pasión, tan fuerte como la pasión del amor. Un término tan intenso no se utiliza normalmente en los textos legislativos, sino más bien en los apasionados escritos de los amantes.

Esta palabra nos recuerda ante todo que toda vocación en la Iglesia no es nunca sólo un oficio, una profesión, ni siquiera un ministerio, un servicio, sino un deseo de amor suscitado por el encuentro con Cristo. Todo comienza y debe comenzar siempre de nuevo desde ese fuego que la mirada y la llamada de Jesús iluminan en nuestros corazones, atrayéndonos a seguirle. Los primeros discípulos que siguieron a Jesús, Andrés y Juan, lo hicieron sintiendo en sus corazones un deseo irresistible de estar con él: "Maestro, ¿dónde moras?" (Jn 1,38). Fueron atraídos por su persona; y después del encuentro, lo único que resaltan no es tanto lo que Jesús les dijo, o lo que hicieron con él, sino simplemente que estaban con él: "y aquel día se quedaron con él" (Jn 1,39).

Quien se siente atraído afectivamente por otro, quien se enamora, desea esencialmente la presencia del amado y su amor. Quien se enamora desea el amor del amado, desea entrar en la esfera de su amor. Pero ¿cuál es la esfera del amor de Cristo?

Amar a la Iglesia en la Pasión de Cristo

San Pablo usa el simbolismo nupcial para revelarnos cómo Jesús ama a la Iglesia. Él la ama como a su esposa; la ama hasta la muerte en la cruz, hasta el don total de su vida: "Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada" (Ef 5,25-27).

Jesús nos llama a cada uno de nosotros a entrar en su pasión amorosa por la Iglesia, su esposa. Para todos los bautizados, el amor a la Iglesia no puede depender de su estado, de la coherencia de sus miembros, es decir, de nuestro estado y de nuestra coherencia, sino sólo del corazón del Salvador. Los que no aman a la Iglesia no aman a Cristo. ¿Qué marido aceptaría tener amigos que desprecian a su esposa?

Pero no debemos olvidar que Cristo ama a la Iglesia por la salvación del mundo. Cristo ama a su esposa para que, unida a él, se convierta en madre fecunda de hijos redimidos por su Sangre derramada por todos. La Iglesia es la esposa del Redentor para engendrar el pueblo de los redimidos, para engendrar a cada hombre a la nueva vida de los hijos de Dios. Cristo ama la Iglesia por la salvación del mundo, amor que se expresa en la Pasión, es decir, donde el sufrimiento y el amor se han expresado y se siguen expresando infinitamente. Sólo Dios puede amar infinitamente, pero Dios se encarnó para poder expresar su amor infinito en un sufrimiento infinito: el sufrimiento de Dios en la carne del hombre.

El centro que unifica e irradia

La Iglesia nació del costado abierto de Cristo, como Eva del costado abierto de Adán. Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre este misterio. Y los primeros cistercienses parecen haber sacado la *Carta Caritatis* precisamente de la contemplación de este misterio que une la caridad, la Iglesia y la salvación del mundo. La insistencia de este documento sobre la caridad y la salvación de las almas se concentra así en el ardiente deseo de beneficiar a todos los hijos de la Santa Iglesia. Esta es la definición de la caridad de Cristo expresada en la hora pascual en la que se ofrece a sí mismo por la salvación del mundo, engendrado desde la Cruz a la Iglesia, esposa del Salvador y madre de los redimidos.

De este modo, nuestros padres nos invitan a detenernos ante todo a contemplar el núcleo central del misterio cristiano para, a partir de él, vivir nuestra vocación como bautizados y como monjes, expresando en nuestra vida el misterio que contemplamos. Este misterio central y emergente se renueva cada día para nosotros en la Eucaristía, en el Misterio Pascual que nos es dado revivir en el Sacramento, en el centro de nuestra vida, de nuestro tiempo cotidiano, de toda la historia y de toda la realidad.

Ser conscientes de que nuestra vocación y misión como cristianos y como monjes y monjas irradia siempre y sólo desde este misterio nos ayuda a no dispersarnos, a no dispersar nada de nuestra vida, nuestros pensamientos, nuestras palabras y acciones, nuestros esfuerzos. Si en los monasterios a menudo cuesta tanto administrar el tiempo y las actividades, vivir las relaciones humanas en armonía y misericordia, gestionar especialmente las fragilidades en las que parecemos hundirnos, esto se debe sobre todo a la falta de atención al misterio central de nuestra salvación y la de todos. Si, en cambio, el centro está claro y lo preferimos, entonces todo lo que somos y vivimos puede irradiarlo.

Prodesse

La palabra que debemos subrayar en la *Carta Caritatis*, donde se habla del ardiente deseo de servir a todos los hijos de la Iglesia –e hijos de la Iglesia en sí mismo son todos los seres humanos, porque la Iglesia está llamada a ser Madre que transmite la vida de Cristo a toda la humanidad–, la palabra que define la fecundidad de nuestra vida y de nuestra vocación es entonces el verbo latino

"*prodesse*", que significa literalmente "ser para", por lo tanto servir, ser útil, ser bueno para los demás.

El ardiente deseo de beneficiar a todos es el deseo que Dios ha dado especialmente a la criatura humana, hecha a su imagen de Padre y Creador, y bendecida para ser fecunda en generar: "Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó. Dios los bendijo y Dios les dijo: Sed fecundos y multiplicaos..." (Gén 1,27-28).

No somos verdaderamente humanos si no queremos transmitir vida, si no queremos beneficiar a otros más que a nosotros mismos. En Cristo nos ha sido dado ser plenamente humanos, plenamente fecundos por la maternidad universal de la Iglesia, tanto a través del matrimonio como de la virginidad. Esta fecundidad es siempre posible, porque es una fecundidad de gracia, obrada por el mismo Espíritu Santo que, realizando lo imposible, fecundó el seno de la Virgen María para dar a luz al Hijo de Dios en nuestra humanidad.

Como el grano de trigo

En la situación actual del mundo y de la Iglesia, y de nuestras comunidades, muchos dudan de que la fecundidad de nuestra vida y vocación sea todavía posible. ¿Cómo es posible ser fructífero disminuyendo, y a veces incluso muriendo?

La Iglesia nos recuerda constantemente que lo que no es posible para nuestras fuerzas y capacidades es siempre posible para la fe y el amor que arrojan con esperanza la situación en la que nos encontramos como una semilla en la tierra. Lo que hace fructífera también la muerte es el amor con el que arrojamos nuestras vidas al don sponsal de Cristo a la Iglesia, para que ella pueda engendrar hijos de Dios en todo el mundo.

Pero éste no es sólo el secreto de la fecundidad de la muerte: es sobre todo el secreto de la fecundidad de la vida. Aquellos que creen que son fructíferos sin morir para sí mismos, permanecen estériles, aunque a los ojos del mundo todo parece asegurar su éxito.

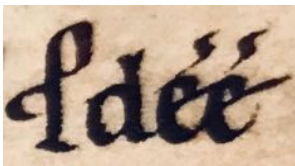
Las palabras de Jesús sobre el grano de trigo, metáfora de su muerte y resurrección, deben seguir siendo para nosotros la clave para interpretar todo lo que vivimos y, sobre todo, todo lo que estamos llamados a vivir: "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará" (Jn 12,24-26).

En el momento de la aprobación de la *Carta Caritatis*, Cîteaux había generado doce monasterios. Eran, pues, trece, como Jesús con los doce apóstoles. Sabían que todavía eran pequeños y frágiles, pero sentían una fuerza que los hacía crecer, que los proyectaba hacia adelante. Sobre todo, eran conscientes, a la luz del Evangelio,

de que su éxito no estaba ligado al poder o al número, sino que estaba todo contenido en el deseo de dar su vida por el Reino de Dios. Conscientes de la advertencia de San Benito al abad, que debe preocuparse más por servir que por dominar –“*prodesse magis quam praeesse*” (RB 64,8)–, su deseo no era ganar, conquistar espacios de poder, sino servir, a la Iglesia y en la Iglesia, sacrificándose a sí mismos, perdiendo sus vidas en el servicio de Cristo, por la vida del mundo. La vida del mundo es que todos los hombres se conviertan en hijos de Dios.

La caligrafía de nuestro carisma

Prodesse. Debemos reapropiarnos de esta pequeña palabra que es la única que puede hacer que sean hermosas, alegres y útiles, nuestra vida, nuestras comunidades, en cualquier estado en que se encuentren, y también toda la Iglesia, con todos sus tesoros de gracia, pero también sus debilidades humanas.



El día de la bendición del nuevo abad de Stična, en Eslovenia, pudimos admirar lo que es quizás el manuscrito más antiguo de la *Carta Caritatis*, conservado hoy en la Biblioteca Nacional de Liubliana.

El monje que lo escribió usó muchas abreviaturas, contrayendo las palabras, quizás para ganar espacio en el precioso pergamino. Contrajo la palabra "*prodesse*" en cuatro letras. El "*pro*" es una "P" en forma de "X". Parece un hombrecito que sale corriendo a cumplir una misión. O quizás podría simbolizar al mismo Jesucristo crucificado y resucitado. La "d" parece mirarlo y seguir su movimiento empujando con su pie las dos "e" que siguen. Las "e" de "*esse*", es decir, "*ser*", tienen las dos "s" trazadas arriba como dos acentos. Parecen ser dos llamas, como las del Espíritu Santo sobre las cabezas de los apóstoles en el Cenáculo de Pentecostés. De la última "e" nace un guion que parece una flecha. Da a la palabra una apertura dinámica hacia delante, como el impulso de una carrera hacia una meta. Este guion, sin embargo, también está presente en la primera "e", como un brazo que la ata a la segunda, pero que sin embargo no la abraza, sino que, como he dicho, estira su brazo hacia adelante, como para abrazar y servir a otras personas. Parece que el verbo "*esse* – *ser*" ha sido caligrafiado de tal manera que expresa la comunión eclesial, como para sugerir que no *somos*, que no *existimos* realmente sin vivir una comunión fraterna enviada por Cristo a todo el mundo.

En resumen, en este manuscrito medieval la palabra "*prodesse*" me parece un diseño del misterio de la Iglesia y, por tanto, de toda comunidad cristiana, como se ha realizado desde el Cenáculo de Pentecostés: una comunión de personas engendrada por el Cristo pascual y extendida en el deseo de engendrar a todos los hombres a la vida divina.

El regalo de Navidad de una pregunta

Perdón por la fantasía de mi interpretación. Quizás confundo la caligrafía de un monje medieval con la escritura en caracteres japoneses... Pero quién sabe si este monje de Stična, en el tiempo que pasó escribiendo esta pequeña palabra con cuidado y amor, no tenía también estos pensamientos, y no quería transmitirnos, junto con las letras trazadas en tinta, el significado universal y salvífico que esa palabra le hacía resonar.

En cualquier caso, creo que nos haría bien dejarnos cuestionar hoy por esta palabra, tan pequeña y llena de sentido. Nos vendría bien comparar la vida y la experiencia de nuestras comunidades y personas con esta palabra, en la situación en que se encuentran hoy, en el tiempo de transición que la Iglesia y la sociedad en su conjunto están viviendo, tal vez en medio del drama de una crisis política y social como la vivida, por poner sólo un ejemplo, por nuestras hermanas de Bolivia. Nos haría bien comparar lo que vivimos con la frescura siempre nueva del deseo de nuestros padres de beneficiar a la Iglesia universal y al mundo entero. *Prodesse omnibus*, beneficiar a todos: ¿cómo juzga este deseo y esta vocación la manera a menudo instintiva y quizás autorreferencial de juzgar nuestros problemas, nuestras crisis, y de buscar una solución a las mismas? ¿Estamos realmente animados por este deseo de bien para todos, o pensamos que la solución será la que nos beneficie sólo a nosotros? ¿Tenemos la fe de que la pobreza, la debilidad e incluso la muerte, vividas en Cristo, pueden beneficiar al mundo entero?

Quisiera ofrecer como regalo de Navidad a la Orden esta palabra que no ha envejecido en archivos y bibliotecas desde hace 900 años, que ha permanecido fresca y ardiente incluso en un manuscrito del siglo XII, y ofrecerla como una pregunta que nos interroga y estimula, quizás sólo para darnos cuenta de que para beneficiar verdaderamente a todos necesitamos una gran caridad que sólo Dios puede comunicarnos y que, por lo tanto, debemos suplicar juntos, con humildad y fe.

Qué hermoso, qué necesario y urgente es que todas nuestras comunidades, con todos los monjes y monjas que las componen, junto con todas las personas unidas a nuestro carisma, podamos volver a formular con la vida esta palabra, transmitida por nuestros padres, "*prodesse*", como en este antiguo manuscrito de Stična, contraída pero toda tensa y dilatada, "como el novio que sale de la alcoba" (Sal 18,6), es decir, como Jesús, ¡que nació de la Virgen para beneficiar a todos los hombres con el don de su presencia, de su amor, de su salvación!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist